

LA PRIMERA CITA

Andrés Fernández López

Me fijé en ella, precisamente, porque le gustaba pasar desapercibida. No era algo consciente sino un carácter que combinaba un punto de timidez, una pizca de discreción y un puñado de indiferencia por lo que sucedía a su alrededor. De vez en cuando sonreía ante alguna ocurrencia de alguien de la pandilla, pero casi nunca daba la réplica. Prefería guardar silencio y la mayoría de las veces era su mirada la que lo decía todo. Tenía unos ojos grandes y claros, que transmitían un apacible sosiego.

Su aspecto era más bien desaliñado. La melena castaña recogida en una coleta, vaqueros desgastados y calzado cómodo. Nada de tacones ni de prendas sofisticadas. Rara vez resaltaba su figura con prendas ajustadas y el maquillaje le incomodaba. No me la imaginaba perdiendo tiempo ante el espejo trazando sombras en los ojos o poniendo carmín en los labios. No le hacía falta. Tenía encanto y quería descubrirlo.

Era amiga de Elena y sólo llevaba unos meses en Madrid. A veces notaba que nuestras miradas se cruzaban y decidí probar suerte. Por eso aproveché aquella tarde en la que fuimos los menos impuntuales de la hora acordada por el grupo, la noche anterior, para invitarle al cine.

- A solas, le dije.

- Pero que no sea de miedo, acertó a responder.

La película era lo de menos. Una simple excusa para conocerla sin el parapeto del grupo. Estuve varios días ojeando la cartelera sin conseguir decidirme. Me percaté de que la elección era más importante de lo que pensaba. Las de miedo, descartadas. Las comedias no me convencían porque trivializaban la primera cita. Las de amor eran contraproducentes porque me podía poner en evidencia y los dramas no entraban en mis planes porque me negaba a llorar en una sala oscura donde no conoces a nadie.

Como la ciencia ficción me producía urticaria y se agotaban las posibilidades, me decanté por una trama policiaca con ribetes de suspense que me tuvo cerca de dos horas con el corazón en un puño y el alma en vilo. Incluso me llegué a olvidar de que Laura estaba allí, a mi lado.

Cuando terminó, incluso me sentí aliviado. Fuimos a tomar algo a una cafetería cercana y antes de que me diera tiempo a preguntarle qué le había parecido me confesó que se había divertido mucho.

- ¿Pero tanto te ha gustado? Yo casi sufro un infarto, le dije.
- No, no ha sido por la película, has sido tú.
- ¿?
- Estabas tan metido ^prosiguió-, que parecías el encubridor de un crimen que teme ser descubierto al menor descuido. Ni siquiera te has dado cuenta de que he pasado la mayor parte del tiempo recostada en tu hombro.
- ¿Pero no te ha enganchado la trama?- solté rehuyendo su comentario mientras hacía auténticos esfuerzos por digerirlo.
- Pues no demasiado. Sobre todo porque ya conocía el final.
- ¿La habías visto? ¿Y por qué no lo dijiste? Podíamos haber visto cualquier otra.
- Ni siquiera me consultaste- zanjó divertida.

Me cogió de una mano y después me abrazó. Pasamos así unos segundos eternos hasta que me desarmó diciendo: „¿Puedo ser yo cómplice de tu próxima aventura en la vida real?%. Me guiñó un ojo y sonrió. Esta vez de su propia ocurrencia. Y me estampó un beso sin darme margen para una réplica innecesaria.

„Efectivamente ^pensé-, la película era lo de menos%, lo que me tranquilizó al comprobar que todo había marchado según lo planeado.